

proclamadas por Montaigne, Fenelón y Locke sobre la cebadura de la memoria, sobre la educación atractiva y la necesidad de "engolosinar el apetito" para hacer *morder* al alumno la enseñanza que se le presenta. Fenelón había dicho también que "hay que contentarse con seguir y ayudar a la Naturaleza", y Locke insistió sobre los cuidados que reclama la educación física y sobre otras muchas cosas más que con mucha razón ha repetido Juan Jacobo.

¿Que es, pues, lo propio de Rousseau? ¿Dónde está en todo esto su rasgo de genio?

Helo aquí. Mientras que en sus predecesores todos estos juiciosos preceptos pedagógicos se daban un poco al azar, como verdades aisladas sin relación entre sí, fruto sin duda de una perspicacia inteligente, pero insuficientemente justificadas y por ello enunciadas dogmáticamente, con los «es preciso» no deducidos de un principio más general, en Rousseau, por el contrario, vemos por primera vez el arte de la educación fundado sobre una concepción científica del niño.

Este es el paso de gigante que ha dado el ciudadano de Ginebra: comprendió que la educación, como otras disciplinas aplicadas, había que basarla sobre un conocimiento; que sus preceptos debían poder deducirse de las leyes a las que conduce la observación del niño. Antes de educar al niño observémosle. El sistema educativo gravitando alrededor del niño, en vez de acostar al niño, quiera o no quiera, en el lecho de Procusto del sistema, he aquí el gran principio de método que hace Rousseau, el Copérnico de la pedagogía.

Abrid la *Education des Filles*, de Fenelón; el buen arzobispo nos demuestra primero que las muchachas están ociosas por los «inconvenientes de las educaciones ordinarias». Después, en su capítulo tercero, investigando «cuáles son los fundamentos de la educación», empieza a enumerar preceptos, muy justos, lo confieso, pero que caen un poco del cielo. Fenelón dice que «la curiosidad de los niños es una inclinación de la Naturaleza que va como delante de la instrucción», que las constantes preguntas de los niños «son aberturas que la Naturaleza os ofrece para facilitar la instrucción. Pero estas cosas de tan colosal importancia están dichas de pasada, son únicamente fragmentos del edificio y han debido ser la clave de la bóveda.

Abrid también la *Education des Enfants*: Locke empieza recordando la impresionabilidad del cerebro, merced a la cual "se puede mover el espíritu de los niños del lado que se quiera", y pasa inmediatamente a la "salud del cuerpo", perdiéndose en cantidad de detalles que trata descuidadamente. En la segunda página se ocupa del vestido: "De lo primero que hay que tener cuidado es de que los niños no estén nunca vestidos o cubiertos excesivamente en invierno o en verano". En el segundo capítulo (Del cuidado que debe tenerse del alma de los niños) Locke insiste sobre la necesidad de formar pronto el carácter de los niños. Después pasa a los castigos, a los premios, a la necesidad de un preceptor, etc. Hay que llegar al capítulo XVI, sobre la *curiosidad*, para encontrar algunas consideraciones sobre "el medio que la Naturaleza ha proporcionado para disipar la ignorancia en la que (los niños) vienen al mundo". Sin que sea necesario insistir más, se ve que Locke da los preceptos antes de haber sondeado la naturaleza propia del niño, cuando éstos hubieran debido basarse sobre ella. Pone el carro delante de los bueyes.

Abrid ahora el *Emilio*. ¡Es otra cosa! La cuestión se eleva de golpe a una altura que no había alcanzado nunca. Desde el *prefacio*, Juan Jacobo pone el dedo en la llaga: "Desde tiempos infinitos no hay más que un grito contra la práctica establecida". ¿Y por qué, pues, puesto que se reclama tanto, no progresa la cuestión educativa? Porque hasta aquí no se ha hecho más que "censurar con un tono de maestro; para proponer hay que tomar otro". Este otro tono es el de la ciencia; Rousseau no dice la palabra, pero hace comprender la cosa: "No se conoce a la infancia", éste es el origen de todo el mal. "Empezad por estudiar mejor a vuestros alumnos", he aquí el remedio. En lo sucesivo, la cuestión está colocada en su verdadero terreno, y el mérito eterno de Rousseau es el de haberla colocado en él.

Pero no es este su único mérito; después de haber mostrado cómo plantear el problema, ha indicado de mano maestra, y desde el principio del *Emilio*, el camino de su solución.

Las páginas que anteceden nos han demostrado cómo, reconociendo a la infancia una significación profunda y *sui generis*, ha llegado a la concepción funcional que insufla a toda su doctrina educativa la potencia enorme que ha ejercido sobre los espíritus

de sus sucesores, potencia que la mayor parte de las veces la han sentido sin discernir sus verdaderos motivos.

Pero para edificar una pedagogía no bastaba encontrar o sentir esta concepción funcional, hacía falta además ver cómo de hecho se las valía la Naturaleza para desarrollar al niño. Pues bien: también en esto es Rousseau innovador. En varias ocasiones insiste sobre la necesidad de la observación; mientras ordinariamente se filosofa en un despacho, «yo, dice él, llamo a la experiencia... En vez de entregarme al espíritu del sistema, doy lo menos posible al razonamiento y no me fío más que de la observación... Mi método está basado sobre la medida de las facultades del hombre en sus diferentes edades». Poco importa aquí que Rousseau haya o no observado, «medido» correctamente. ¿Quién podría reprocharle que se haya equivocado alguna vez? Apenas poseemos hoy los métodos suficientemente elaborados para ejecutar de un modo impecable el plan trazado por él. El mérito pedagógico del *Emilio* no es la ejecución del detalle, sino justamente su inspiración profunda, el método que inauguraba.

Y ahora nos damos cuenta por qué ha sido tan poco comprendido. Sin duda, gracias a esta intuición oscura que permite a veces a la multitud adivinar y admirar a un genio contemporáneo, aunque exprese sentimientos que su conciencia ignora todavía o que están por encima de ella, el *Emilio* produjo, desde el día de su publicación, considerable impresión. No obstante, ha encontrado casi tantos adversarios como partidarios, y todavía hay hoy muchas gentes que no saben encontrar en él nada bueno. Su culpa es considerar la obra de Juan Jacobo como miopes; no se sitúan a la distancia que reclama la contemplación de un gran cuadro. Los árboles les impiden ver el bosque y conceden demasiada importancia a detalles insignificantes. Tropiezan con ejemplos, con fórmulas, que no son más que detalles, accidentes de ornamentación, artificios de exposición, sin ver la profunda verdad que tienen por objeto expresar. O bien desplazan, además, el punto de vista, y de un problema de educación práctica hacen un embrollo teológico o metafísico. ¿Es necesario citar aquí la famosa cuestión de la *bondad original*? Discutir si al nacer el niño es moral o inmoral o es una mezcla de bueno o malo, es absolutamente ocioso, por lo menos para el educador. Este tiene, ciertamente, una misión más interesante y, sobre todo, más útil: de lo

que tiene que preocuparse es de los medios que hay que aplicar para que el niño se desarrolle en el sentido de la moralidad. Ahora bien: Rousseau ha querido demostrar, por una parte, que estos medios serían tanto más eficaces cuanto más se aproximaran a aquellos de que se sirve la Naturaleza para desarrollar a los individuos, y, por otra parte, que el hecho de contrarrestar la evolución natural no tan sólo era estéril, sino además perjudicial, ya por entorpecer el desarrollo normal o porque se hacía al niño aborrecer la virtud por presentársela de un modo inoportuno. Yo no veo que en todo esto haya materia de escándalo.

También se ha procurado demostrar, un poco pedantesca-mente, que existe contradicción entre el hecho de escribir un tratado de educación y empezarlo por un «todo degenera entre las manos del hombre». Entonces, ¿Emilio degenerará entre las manos de Juan Jacobo? Pero ¿no se ve que éste parte, o piensa partir, de *un hecho* cuando pone esta degeneración de los niños como la consecuencia de la «práctica establecida»? Y, precisamente, para remediarlo es para lo que propone seguir mejor los métodos de la Naturaleza.

El principio de la educación negativa, que para muchos ha quedado como el principio fundamental del *Emilio*, si se le toma a la letra, realmente no es más que un pequeño aspecto. Además, nunca ha pretendido Juan Jacobo que no sea necesario guiar al niño. ¿No ha dado a Emilio un maestro que le acompaña por todas partes? No hay duda que estimaba que valía más no hacer nada que hacer mal; pero el verdadero espíritu del principio es, sobre todo, que era necesario, siempre que fuera posible, poner al niño en situación de que se maneje solo. De modo que, como se ve, esta educación, en apariencia negativa, es en el fondo la educación más verdaderamente *activa* que se pueda imaginar, puesto que constantemente pone en juego la iniciativa del niño, sus «resortes», sus impulsos espontáneos, su voluntad.

Pues bien: toda esta incompreensión que se ha manifestado con respecto a Juan Jacobo se concibe muy bien. Escribía el *Emilio* para una época que todavía no ha llegado, todo lo más, que empieza a alborear. El ya se lo temía: “Mi tema es completamente nuevo después del libro de Locke, y temo mucho que lo siga siendo después del mío.” Todavía, ¡ay!, lo es, o poco menos.

Lo mismo que Lamarck, por ejemplo, que ha tenido que es-

perar más de un siglo para que se le hiciera justicia, y del que puede decirse que su obra se moderniza a medida que pasa el tiempo, Rousseau será comprendido mejor por las jóvenes generaciones que por las antiguas. En su carta de adhesión a la *Société Jean Jacques Rousseau*, Tolstoi escribía: "Rousseau no envejece". Pensando en su concepción de la infancia, incluso diremos: se rejuvenece.

La psicología moderna, lejos de disminuir la doctrina educativa de Rousseau, la eleva más que nunca, porque nunca como ahora se ha estado en situación de comprender su profunda y vital significación.

ED. CLAPAREDE

LA EDUCACION PARA LA PAZ

Conferencia dictada en el Colegio Superior de Señoritas de San José de Costa Rica.

La inminencia de una nueva guerra europea, esto es, de una conflagración mundial si se consideran los vínculos económicos, políticos y sociales que se han establecido entre los pueblos integrantes de la tierra—por una parte—y por otra, mi calidad de educador, venido a esta patria latinoamericana a colaborar en una obra de acercamiento espiritual, me han estimulado en el sentido de relacionar ambas cosas. Esto es, la amenaza que se cierne hoy sobre la paz y la responsabilidad de la escuela. Títulos para abordar un tema tan delicado, no tengo más que aquellos que se derivan de mi amor hacia la paz y mi vocación de maestro. Si esto os parece insuficiente, espero a lo menos que recibáis mis palabras, como un mensaje de gratitud y admiración para este pueblo costarricense, vértebra principal que articula las dos Américas, la del Norte y la nuestra, que ha realizado el prodigio de educar para la paz, anticipándose así a la consecución del máximo anhelo de nuestro tiempo. Costa Rica, rincón de belleza indecible, de armonía social, con una historia limpia de sangre y de rencores, es en este terreno, un ejemplo para el Continente; y a la juventud de este pueblo me dirijo preferentemente, a esa juventud que no ha sido deformada por las ambiciones de los demagogos.

Extraño es, sin duda, que no exista ya una ciencia de la paz desarrollada en sus caracteres exteriores, tal como se halla desarrollada en sus caracteres interiores, tal como se halla desarrollada la guerra, en cuanto se refiere a los armamentos y a la estrategia. Pero ciertamente, la guerra, como fenómeno de psicología colectiva, permanece en el misterio en gran parte, si se considera el doloroso estado de ánimo de la sociedad moderna, en cuanto que, sintiendo ansia infinita de combatirla encarnizadamente, como uno de los peores flagelos, es el hombre mismo, como lobo del hombre, quien la desencadena, mientras empuja a sus congéneres, sin escrúpulos, diríase casi con devoción, hacia los campos de batalla.

Hay incuestionablemente muchos fenómenos ante los cuales el hombre se considera impotente para combatirlos, y entre ellos las catástrofes cósmicas, los terremotos, por ejemplo, figuran entre los más impresionantes y desastrosos. Es con respecto a estos fenómenos que el hombre se dedica apasionadamente al estudio de las causas ocultas que los producen. En cambio, fragante paradoja, ante la guerra, que es por esencia un fenómeno humano, nada puede hacer. Y por doloroso y absurdo que sea, debe reconocerse que el hombre, a lo menos en este aspecto, sigue siendo inaccesible a la investigación, esto es, una incógnita para la ciencia.

Nada es más desconcertante para el hombre moderno, en especial para el investigador en el campo científico, que esta situación de incapacidad para establecer los factores complejos e indirectos que determinan la guerra, e impiden por tanto el establecimiento de un estado de paz duradero y perfecto.

Más desconcertante es, aún, esta situación si se considera que toda conquista material de la vida con sus inmensas energías disponibles, se ha producido justamente por el instinto de conservación y es este instinto primordial para la especie humana el que, en el estado de guerra permanente en que vivimos, queda violado y sin sentido. En estos precisos momentos en que hablo, efectivamente, no es extraño que millones de hombres representantes del vigor y energía de la raza blanca, la más civilizada y consciente, según el decir de ella misma, estén a punto de destrozarse como lobos hambrientos, sin que sepan ni por qué ni para qué, en los campos de combate. Es, éste, un enigma, sin duda. El instinto de conservación significa actitud indagadora, impulso hacia el descu-

brimiento de la verdad. No de otro modo se explica todo el desarrollo moderno de la ciencia a través de cruentas vicisitudes y de sacrificios inmensos. Es muy extraño por lo tanto que parte de ese poderoso instinto de conservación no se haya dirigido hacia la naturaleza misma del hombre, hacia un mayor control y hacia una mayor utilización de la poderosa fuente de energías psíquicas, hacia un eticismo elevado, en fin, hacia la felicidad, que es la expresión máxima de la vida. El hombre, en efecto, sigue siendo, a pesar de todos sus esfuerzos, un indigente de paz. Hay, sin duda, un vacío profundo que llenar en aquello que se refiere a las más nobles energías del hombre. Justamente su máxima tragedia consiste en sentirse a la vez que dominador del mundo exterior que lo rodea, tan dominador que en pocos instantes podría destruir toda la civilización que ha creado, impotente con relación a sus propias energías interiores. El hombre en este sentido no es precisamente un animal. Tiene condiciones para estar muy por encima de él; pero al mismo tiempo suele estar en dramática inferioridad, cuando este flujo de energías, mal orientadas se exterioriza en la dispersión y en la incoherencia.

No es esta acaso la situación del momento, el sentido profundo del minuto trágico que vivimos? Las generaciones actuales no saben lo que buscan y sólo se sienten oscuramente empujadas hacia la guerra.

En el rico vocabulario de las ciencias sociales e históricas, filosóficas, el concepto de paz no tiene significación precisa. Para el mayor número la paz no es sino la cesación de la guerra, esto es, una idea negativa, lo que equivale a decir que para el hombre de hoy, la paz, sólo se comprende o tiene sentido en función de la guerra. Este equívoco define el ánimo de nuestro tiempo en todo su dramatismo y en toda su contradicción. Los períodos de paz corresponden a un estado de incertidumbre, el temor hacia una nueva guerra, por cuanto se llama paz la adaptación forzada de los vencidos, quienes amenazan en forma latente a los vencedores. El Tratado de Versalles, la Liga de las Naciones y todos los tratados de la Historia a pesar de las mejores intenciones y de las más admirables palabras, descansan, y no podría ser de otro modo, en este estado de ánimo engañoso y deleznable. Y esto se repite eternamente para todos, porque todos los pueblos fueron, ya vencedores, ya vencidos, lanzándose uno contra el otro, en la sucesión in-

finita de los siglos, fustigándose, por un lado, y, por otro, amenazándose como demonios y condenados en un infierno dantesco.

Indudablemente, en un terreno concreto y científico, para analizar el concepto de paz sería necesario no sólo diferenciarla con respecto a la guerra sino encontrar los elementos positivos que la determinan. Pero dónde se encuentra el laboratorio, en el cual se indaguen estos elementos positivos, factores determinantes de la paz? La investigación contemporánea monta maravillosos gabinetes que registran en la astrofísica peculiaridades de algunos centésimos de millonésimos de milímetro en el espacio y millones de pulsaciones por segundo en el tiempo, crea también con igual facilidad institutos para descubrir y aislar los microorganismos patógenos o laboratorios para apreciar la sensibilidad del cuerpo humano... Establece en fin, gabinetes de ciencias naturales y ciencias históricas, pero nada crea para la paz. Es cierto que existe una «Liga de Naciones» fundada expresamente para ello, y que también se han organizado reuniones sentimentales, que expresan buenos deseos y buenos augurios, pero de ninguna manera conceptos de fondo que conduzcan a esclarecer y a precisar las causas profundas del fenómeno. La realidad de los hechos nos dice que, por el contrario, sucede algo insólito, por cuanto parece que existiera un formidable caos moral: al mismo tiempo que se exalta al descubridor de un microbio agente de una enfermedad infecciosa librando así con nuevos sueros a millones y millones de seres humanos, se exalta, aun con mayores bríos, a aquel que descubre medios de destruir otros tantos millones y millones de vidas o que reduce a la esclavitud y a la indigencia a pueblos enteros.

Qué tremenda contradicción se oculta en esto!

Hay algo así como una doble personalidad colectiva en el alma de nuestro tiempo, un misterio en la psicología de las multitudes que llena de estupor al espíritu más sereno y equilibrado.

Es evidente que existe algún capítulo inédito en la psicología humana, alguna fuerza no ordenada que implica un gravísimo peligro para la sociedad. Y justamente es esta incógnita, es este elemento inédito, como todo factor oculto en el terreno de la investigación el que debe ser objeto de estudio prolijo y organizado. Anticipando alguna idea debo declarar que el carácter guerrero de nuestra civilización, no podría referirse a las injusticias sociales derivadas de la mala distribución de la riqueza o de las condi-

ciones de trabajo en que se resuelve la vida económica moderna, ni siquiera a los fenómenos demográficos: poblaciones saturadas en Alemania, Japón, Italia, etc... En una rigurosa escala de factores determinantes, a éstos sólo debe considerárseles como factores inmediatos a la explosión bélica, de ninguna manera como causa última y remota. Justamente por tratarse de factores próximos o inmediatos son de todos conocidos y, todavía más, el análisis de ellos, hace ver que no es posible utilizarlos en una terapia radical del morbo de la guerra, si antes no se han resuelto problemas más hondos y sustanciales.

Ejemplo que ilustra en forma muy nítida y comprensiva todo cuanto se viene diciendo, es un fenómeno de orden patológico que se asemeja en forma impresionante a la guerra y a sus causas. Me quiero referir a la peste, el terrible flagelo capaz de destruir a veces en forma casi completa pueblos enteros. Y que por milenios permaneció oculto e invencible, desastroso en sus efectos, protegido por las tinieblas de la ignorancia del cual sólo logró librarse la humanidad cuando fué estudiado, en el campo científico, en sus causas más ocultas y remotas.

La peste, como es sabido, hacía sus apariciones mortíferas, en distintas épocas, casi de improviso como las guerras. Nadie, hace algunos días, pensaba en una catástrofe guerrera, sin embargo es probable que mañana o pasado, Europa y quizás la humanidad entera, se hallen transformadas en una apocalíptica hoguera.

Y se trató siempre de un flagelo que se extinguía por sí mismo, es decir, sin que hubiera intervención consciente de la sociedad. Aparecía como un tremendo castigo y los estragos que determinaba son tan históricamente memorables como las guerras. Más aun, las pestes han causado un mayor número de víctimas y calamidades económicas que las mismas guerras; y, como a éstas, se las conoce en la historia con el nombre de algún personaje ilustre. Se habla, en efecto, de las pestes de Pericles, Marco Aurelio, Constantino, San Gregorio Magno. En el siglo XIV hubo una peste que produjo nada menos que 10 millones de víctimas en China amenazando después de tantos estragos, destruir a Rusia, el Asia Menor, Egipto, Europa, es decir, la humanidad entera. Se estima que el número de muertos alcanzó la astronómica cifra de 25 millones, superando así incluso a la Guerra Mundial, que

hasta hoy ha sido la máxima catástrofe bélica que registra la historia.

Interrumpida en estas épocas de pestes, la vida económica, se derivaban a continuación espantosas épocas de miseria. De modo que al flagelo de la peste, seguía el flagelo del hambre, y más adelante, el flagelo de los alucinados. Se explican los horrendos trastornos que resultaban de semejantes calamidades y las dificultades con las cuales tropezaba a continuación la humanidad para reanudar su progreso.

Muy interesante es conocer en este lugar, las interpretaciones y las defensas que se insinuaban contra el tremendo azote, fenómenos estos que se asemejan en manera sorprendente a aquellos derivados de la guerra. Desde los albores de la civilización griega hasta la Edad Media se repite la misma interpretación: la peste es causada por individuos salvajes que esparcen el veneno. Dion Cassio cuando describe la peste del año 189 después de Cristo declara que de todo el Imperio llegaban hombres malvados que, por cierta suma de dinero, prodigaban el veneno. Durante el pontificado de Clemente V muchos miles de hebreos fueron masacrados por creérseles responsables de lanzar venenos propicios a la difusión de las pestes. Los napolitanos en un asedio que sufrieron de parte de los franceses en el que cayeron 400.000 hombres, diezmados por las pestes, culparon a sus enemigos, los franceses, de semejantes estragos.

Más interesante es aún, para el sociólogo, recordar la creación de tribunales penaies con carácter legislativo, que procesaban a los presuntos causantes de las pestilencias. Se procuraba culpar a alguien para que de esta manera y mediante el establecimiento del proceso penal contra los distribuidores de venenos, la masa enloquecida y ávida de venganza descargase sobre cualquiera víctima el furor de su indignación.

Ahora bien: llama la atención en forma extraordinaria que un fenómeno ligado de este modo a la patología pudiese ser discutido como hecho de procedimiento penal, ya que los acusados y presuntos culpables eran demasiado insignificantes con relación a las inmensas proporciones del desastre.

Todo esto parece absurdo hoy día—Qué sentido tendría en efecto culpar entre nosotros a determinadas personas como responsables conscientes de las pestes?—No obstante en el terreno de

los conflictos armados existe idéntico estado de ánimo y hoy, con respecto a las guerras, procedemos como antaño cuando eran desconocidas las causas de las catástrofes producidas por las pestilencias. No se ha culpado al Kaiser, a la Czarina y a Rasputín, a los estudiantes de Serajevo y a los Ausburgos, de la hecatombe mundial?

Continuando la impresionante similitud entre los fenómenos de propagación de enfermedades y el estallido de las guerras, podrían considerarse otros hechos no menos desconcertantes e ilustrativos. Las pestes en efecto recrudecían debido a las aglomeraciones de los enfermos. Y el exagerado fervor religioso de la edad media empujaba invisiblemente a todo el mundo a realizar ofrendas públicas, procesiones, penitencias, y toda clase de actos en los cuales la acumulación de individuos, determinaba una rápida propagación del morbo. Y qué otra cosa es la alianza de las Naciones, fenómeno típico de nuestra época, con la peregrina esperanza de escapar a la Guerra? La conflagración mundial del año 14 nos evidencia precisamente que el hecho de estar unidas, por tratados de ofensiva o defensiva, diferentes naciones, precipitó en la borrasca no sólo a los pueblos europeos, sino también a aquellos del lejano Oriente y del otro lado del Atlántico. Y es indudable que si en nuestros días todas las naciones de la tierra se unieran para evitar la guerra, conservando sin embargo, la misma predisposición y la misma inconsciencia de las causas profundas y auténticas, la catástrofe se propagaría al mundo entero, llegándose en cambio a creer con toda ingenuidad que con ello se podría establecer la paz definitiva. Alguien ha dicho con terrible exactitud "La humanidad más que perversa es estúpida".

Pero volvamos a nuestro tema. Qué otro medio, fuera de la indagación científica habría logrado jamás averiguar la verdadera causa que determina la peste y, en consecuencia, los medios eficaces para combatirla? Cuando se averiguó en efecto, que tales estragos se producían por el agente patógeno que lleva la rata, la peste fue combatida como una de tantas enfermedades contagiosas. La Edad Media había vivido ignorante e inconsciente de todo esto, sumida en medios antihigiénicos y en ambientes muy adecuados para el cultivo y para la propagación de los microorganismos patógenos. Por eso, descubierta la causa de tales enfermedades, se procuró depurar, tanto el ambiente público como e

rincón más oculto de cada vivienda. Así comenzó la historia de la higiene que lentamente condujo a la defensa del hombre, víctima de los microorganismos infecciosos. Así también penetró en la masa el nuevo concepto de la salud y de la vida, ya que el hombre adquirió conciencia de los venenos y de los peligros que lo rodean junto a los medios de protegerse contra ellos, integrándose en ambientes sanos, propicios al desarrollo físico perfecto.

En el campo moral, sin embargo, no se ha hecho nada o casi nada en este sentido. Podría decirse que casi no hemos dado un paso siquiera con relación al estado espiritual del Medio Evo. Así, por ejemplo, la licencia y la relajación de las costumbres, morbos de acción violenta, se interpretan como formas de libertad moderna, como luchas contra prejuicios y contra resabios tradicionales deprimentes para el hombre, como situaciones contrarias al esparcimiento y al goce máximo de la vida...

Es así cómo la mujer moderna, llamada a altos destinos, a menudo, entiende por emancipación el asumir actitudes y hábitos propio del varón disipado... Y la juventud, que trae los impulsos generosos, desorientada, por la influencia del medio, del ambiente social en que vive, se entrega al libertinaje procurándose un espejismo de virilidad.

En particular, la licencia en las costumbres es ya tan patente que ha logrado amenazar las fuentes mismas de la vida y esto nos hace meditar seriamente acerca del destino de la civilización misma. Todos conocemos la tuberculosis, ese mal sutil, subterráneo, foco localizado que se incuba lenta y cobardemente en lo más profundo de nuestro organismo, para manifestarse un buen día, improvisadamente con caracteres gravísimos y casi inatacable. Sabemos también que en el período inicial o de incubación, es decir, durante todo el tiempo que permanece latente o inadvertida, se produce un estado de locura y de placer sin freno; y bien? La embriaguez en que vive nuestra sociedad y que predispone a la disipación y a la locura, no evocan en forma impresionante el comienzo de esa terrible enfermedad, esto es, la consunción lenta pero irremediable de la personalidad moral en la civilización tecnificada de nuestros días? El Fascismo y el Hitlerismo han pretendido extirpar este ambiente de vicio y de licencia de nuestro tiempo y en parte el éxito delirante que han obtenido se debe a esto, pero por otro lado colocan el fusil en manos de los pequeños

de pocos años y orientan la juventud hacia la militarización y hacia la prepotencia.

Síntoma aun más sospechoso para el porvenir de nuestra sociedad es el estado de desorientación o inconsciencia en que viven la mayor parte de los individuos de nuestra época, quienes llegan a sostener en el terreno social y moral, las más absurdas posiciones y doctrinas. Si en el terreno de la mecánica rigen el principio de la disciplina intelectual y el de la lógica, en cambio, en el orden de los valores éticos y sociales, la masa se conforma con afirmaciones gratuitas y absurdas... Se preparan los ejércitos con los más diabólicos medios de destrucción para asegurar la paz, ingenua o perversamente se agrega, de ninguna manera para apurar la carnicería y el exterminio... La masa, convencida, satisfecha, calla y acepta.

Moralistas han llegado, en nuestros días—y a veces se trata de los pontífices máximos—a culpar a la razón del caos en que hoy se vive. Creen y sostienen, con convencimiento profundo, que es necesario en cierto grado abandonar la lógica, dejando su parte a la irracionalidad para hacer entrar en los rieles del orden, el carro de los acontecimientos. Se presume que un poco más de irracionalidad salvará a la especie humana que ya de por sí ha caído en el plano del instinto y de las sombras... Contradicción patente sin duda. Mientras todo el mundo material ha llegado a un grado absurdo de perfeccionamiento o de eficiencia, fundándose en el control científico que descansa a su vez en la lógica, en el terreno de la naturaleza humana, de la psicología y de la escala de valores se quiere proceder haciendo caso omiso de la razón... Y en este sentido algunos conductores de pueblos en nuestra época han llegado al paroxismo de la osadía...

Indudablemente la vida del espíritu es racional y pueden disciplinarse sus energías tratando de llegar a la organización de democracias fundadas en el respeto al individuo. Keyserling habla de rebelión de las fuerzas telúricas, entendiéndolo, por éstas, todo ese fondo de inconsciencia e irracionalidad que constituyen las capas profundas de la naturaleza humana. Y en efecto la crisis de la civilización es crisis del espíritu que ha desviado su camino hacia la satisfacción y hacia el despliegue absurdo de la vida instintiva. La característica de nuestra época es una especie de locura que serpentea en todas direcciones. En este sentido el retorno al

dominio del espíritu y de la razón es no sólo una necesidad inmediata sino absoluta, el imperativo categórico del momento... El mundo antiguo no sucumbió ni por la economía ni por la forma de gobierno o por tal o cual característica de los gobernantes, ni aun siquiera por la irreligiosidad, sino porque sus clases directoras estaban enfermas en su raíz, en su vida pública y privada.

Rousseau, con su genio y con su concepción pesimista de la sociedad planteó el problema de la reconstrucción psíquica del hombre como base para favorecer el advenimiento de una sociedad mejor. Precursor luminoso de nuestro tiempo advirtió que el mal no está en el individuo sino en la sociedad, y que es ésta la que impide la vida sana y natural del hombre cuando es joven o niño. Pero con su fantasía genial sólo esbozó un ser infantil y un joven singular, libres de la deletérea influencia del ambiente. Y en torno a uno y a otro ha escrito maravillosas páginas más propias de una novela que de una teorización en materia de enseñanza. En la educación vanguardista de nuestro siglo se ha pretendido abordar el problema de la regeneración del hombre en concreto, utilizando el niño real de la escuela. Semejante regeneración sin embargo no puede resultar de inmediato. Por el contrario debe ser el epílogo de un proceso muy largo y difícil que habrá de culminar con la creación del ambiente científicamente preparado para el niño y para el joven; fundados en la rigurosa observación de sus condiciones psíquicas y sociales. No es mi ánimo, de ninguna manera, hacer aquí una reseña prolija de lo que este largo proceso podría ser. Sólo me limitaré a precisar algunas de las ideas directrices o salientes acerca de las cuales es necesario meditar cada vez que se desee emprender una labor seria y perdurable en la educación de las generaciones jóvenes hacia la paz.

Comenzaré por decir que la escuela ensayo de nuestro tiempo ha puesto de relieve, aflojadas sus amarras tradicionales, un conflicto real y de graves consecuencias. Es este el conflicto entre el niño y el adulto, entre las generaciones jóvenes y las maduras, entre el débil y el fuerte.

Siendo diferentes en grado, casi irreconciliables, jóvenes y adultos, con caracteres fisiológicos y psíquicos tan diferentes, inconscientes unos y otros de sus propios atributos, se atacan en oscura contienda, que habiendo existido desde la más remota antigüedad, hoy sin embargo por circunstancias mismas de la civili-

zación, ha recrudecido hasta límites extremos. El adulto integrado hoy en un ambiente lleno de inquietudes y complicaciones no tiene tiempo para preocuparse por los elementos juveniles. Es más: ataca y los deforma cuando éstos no se someten a su ritmo y a sus necesidades. Resultado de este estado de ánimo es el triunfo del adulto sobre el individuo que se está formando, quien, una vez que logra adquirir su madurez, oculta en las profundidades de su espíritu la amargura de un ser vencido. Así surgen sus caracteres de agresividad o su sujeción a una forma de paz que no es sino esclavitud y rencor, pasividad e impotencia. Así surge también el conflicto de hombre a hombre y de pueblo a pueblo. Y la Historia de la Humanidad no es sino la dolorosa alternativa entre la humillante adaptación al vencedor y el agresivo poderío de éste frente al vencido, es decir, la alternativa clásica entre la guerra y la paz.

Esta situación de incomprensión recíproca entre los elementos jóvenes y los adultos que en el pasado ha sido grave, en la actualidad ha llegado a hacerse insostenible, por cuanto el hombre va distanciándose más y más de la naturaleza, creando un ambiente de una artificiosidad absurda en el cual particularmente el niño con su ritmo lento o el adolescente con su comprensión simplista de las cosas, resultan extraños y, aun más, seres extra-sociales. La frase simbólica del Evangelio "Mi reino no es de este mundo" expresa así la vida dramática del elemento juvenil en nuestros días. Es ésta, sin duda, una cuestión de grande importancia para la educación y para sus posibilidades de mejoramiento social.

Ninguna nueva sensibilidad moral, por o demás, ha venido a sacar al hombre moderno de este estado de ceguera en relación con el descubrimiento del alma del niño. Mucho menos aun, ha logrado penetrar el sentido cultural que tiene, para la sociedad, la adolescencia con su característica hipertrofia de la fantasía y su falta de adaptación a todo cuanto la rodea. El elemento joven, de esta manera, de más en más, sigue siendo incomprendido y muy particularmente el equívoco en virtud del cual el niño es tan hombre en miniatura que necesita ser plasmado por el adulto a su imagen y semejanza, sigue siendo para el mayor número un postulado básico para toda forma de educación.

Permitidme, en este lugar y mediante un breve paréntesis,

poner de relieve, las proporciones y las consecuencias de este tremendo error recurriendo una vez más a la biología. Sabido es que el embrión en el seno materno tiene como objeto alcanzar la forma típica del recién nacido, realizando así la fase prenatal del hombre. Por su parte, la madre para que el niño nazca sano, da las mejores condiciones posibles y deja a continuación que el ser se desenvuelva por su propia cuenta, no anticipa su crecimiento.

Ahora bien: la gestación del hombre, tiene además de éste, otro período o mejor, dos fases más de un nuevo período que se cumplen en el exterior: la niñez y la adolescencia; en esta segunda parte de su gestación el ser humano se desenvuelve tal como en el seno materno, guiado por leyes sagradas e inviolables de la naturaleza y con ritmos de actividad que nada tienen que ver con aquel ritmo psicológico hiperacelerado del hombre combativo y ambicioso de nuestra sociedad contemporánea.

También la metamorfosis de los insectos nos presenta espléndidos cuadros de comparación. Así, por ejemplo, el insecto adulto no interviene en la alimentación de la larva y ésta, con mandíbulas formidables que le faltan al animal adulto, puede nutrirse con extraordinaria voracidad. Más adelante, en estado de crisálida, teje el capullo aislándose del ambiente sin que nadie ni nada impidan el proceso admirable que termina en la espléndida mariposa variopinta.

En cambio, qué hacen el padre y el maestro cuando niños o adolescentes realizan sus actos y sus fines peculiares con ritmo propio obedeciendo a leyes precisas de desenvolvimiento y progreso? Pues, se sustituyen al elemento joven, a quien consideran como ser torpe, lento e incapaz; lo reemplazan en sus propios actos; ante esta autoridad, ante semejante situación, el individuo que se está formando, incapaz de esfuerzos rápidos y perfectos, pero sensible y capaz de comprender, como un paralítico que sólo por torpeza muscular, no puede realizar un determinado acto, se repliega sobre sí mismo, se oculta con su espíritu lastimado para vivir en el reino de las sombras la propia vida impostergable y precisa.

Para los que reciben estas palabras con incredulidad debo recordarles que el niño, de pocos meses como de algunos años, llora y a veces con llanto de rebelión ante el cual el adulto mismo llega a sentirse intimidado y temeroso y ciertamente no llora para to-

nificar sus pulmones. El ser feliz no llora, Las familias acomodadas, suelen darles a sus pequeños para compensarles el tremendo daño que les causan, más por ignorancia que por maldad, juguetes costosos y complicados que por lo demás el niño instintivamente destruye pocos minutos después. Sucede algo análogo con aquellos gobernantes tiranos que, para entretener al pueblo esclavizado, realizan grandes obras materiales y fomentan la diversión creyendo así sofocar el estallido amenazante de la rebelión que se aproxima (Roma con sus bacanales y su arena sangrienta).

Y qué decir de los adolescentes que se suicidan o los jóvenes que maldicen la vida? Durante la infancia y la etapa juvenil la humanidad sin duda sufre mucho más de aquello que nos imaginamos. Después en el período adulto todo ello se olvida, se borda en la subconsciencia y aparece como página arrancada al libro de nuestra vida. Reaccionad al fuego casi extinguido de vuestros recuerdos y me daréis la razón. En el terreno de la psicología científica, Freud ha hablado mucho de los conflictos que sufre el individuo como consecuencia de traumas correspondientes a las fases de la vida infantil y que malogran el ulterior desenvolvimiento. Su célebre teoría sobre la neurosis se funda justamente en la deformación que experimenta el individuo en el período formativo. Las generaciones jóvenes ciertamente deben ser educadas con arreglo a nuevas ideas y en ambientes más sanos y naturales. Hay que hacerles mejor y más amable la vida. De otro modo si se persiste en continuar por las rutas tradicionales nos encontraremos como en la Edad Media cuando, en lugar de proceder a mejorar las condiciones higiénicas del ambiente, se confiaba en Dios o se recurría a fuerzas mágicas. La juventud es el tesoro inmenso del cual la sociedad adulta saca lo mejor y el milagro mismo de su impulso hacia un más elevado destino. De allí y no de otra parte puede venirnos la regeneración de la sociedad. Sólo la educación fundada en las profundas y auténticas necesidades de las generaciones jóvenes da contenidos positivos a una forma de organización social orientada hacia la paz, libre de prepotencia, de agitación febril o de ambición material desenfrenada; lo demás resulta espejismo, inclusive aun lo que se refiere a cierta forma de cultura, o mejor, de enseñanza para la paz: se hable o no se hable de guerra ante nuestra juventud, se elimine del estudio de la historia toda acción guerrera, se combinen como quieran los programas,

en nada cambiará el destino de la sociedad. El morbo infeccioso continuará inatacable, oculto, pronto a difundir el veneno contaminándolo todo, como el morbo de las pestes durante la Edad Media.

Estas y otras aseveraciones análogas os parecerán exageradas y adivino en vuestro ánimo la intención de sonreír pensando que todo este optimismo es ingenuo y vacío. Pero os aseguro que ahí están los hechos; perdonadme que os distraiga unos minutos para corroborar cuanto vengo diciendo con hechos consumados y concretos.

Que el niño y el adolescente tengan una naturaleza diversa de aquella que se había considerado hasta el momento, es decir, un espíritu de orden, trabajo y amor hacia los semejantes, un elevado sentido del respeto, una aguda sensibilidad y por encima de todo una capacidad esmeradamente creadora en la dirección de los impulsos generosos, lo evidencian hoy los ensayos educacionales practicados entre los pueblos más extraños y distintos en cuanto se refiere a raza, a tradición, a historia y a cultura. E invito a los que aquí me escuchan a meditar acerca del resultado de la aplicación del método Montessori entre los pieles rojas de América, los indígenas de Africa, siameses, javaneses y lapones... Otro tanto podría decir de los significativos ensayos practicados en Norte América, Alemania, Inglaterra, Holanda, con elementos de escuelas secundarias. Ante los resultados muchos se han preguntado con estupor: es entonces posible mejorar la naturaleza humana? A todos aquellos que preguntan si eso tan maravilloso es realizable, puede contestárseles afirmativamente en este sentido: es posible sustituir, a las desviaciones operadas en el período del crecimiento, la normalidad consiguiendo de este modo la salud psíquica del hombre. En nuestra sociedad, triste verdad, el hombre psíquicamente sano es hoy un ser raro, imposible casi de conseguir, como lo era el hombre físicamente sano, antes de que la higiene le hubiese ayudado a reconocer y encontrar las vías de la salud. El hombre moderno, en efecto, llama virtud, honor, deber, ciertos camouflages de vicios capitales que le fueron transmitidos como herencia durante su período de formación. La insatisfacción de los deseos por otra parte, como lo atestigua el psicoanálisis repercute en el estado adulto bajo forma de detenciones del desarrollo mental, de desviaciones en el carácter y en la moralidad, de

anomalías psíquicas innumerables que determinan una personalidad humana débil y oscilante.

El muchacho que no se ha habituado a realizar, por cuenta y riesgo propios, ciertos actos, a dirigir su propia voluntad, haciéndose responsable único, se transforma ulteriormente en el subalterno de los demás, de quienes busca el apoyo y a quienes se ofrece como objeto de explotación y de lucro. Ay de los pueblos que educan a sus generaciones jóvenes en la pasividad, en la obediencia y en el temor! Reservado les está el destino de esclavos y plebeyos. Por otra parte, el que no ha podido satisfacer sus poderosas energías en un ambiente sano y natural, resulta un adulto violento, caprichoso y tirano de sus congéneres. El niño sumiso de hoy es el esclavo adulto de mañana. El niño violento de ayer, deformado o envilecido es el tirano de hoy, condottiere que arrastra a las generaciones jóvenes hacia el campo de batalla. La escuela, señores, en este sentido, da pávulo a la inferioridad de la masa, exalta el espíritu de devoción, esa especie de idolatría hacia algunos conductores de pueblos, que representan en la infancia, el padre o el maestro, severo, infalible, omnipotente. En estos términos disciplina forma con esclavitud una perfecta ecuación; y la sociedad se hace sinónimo de agrupación de siervos y señores.

La escuela tradicional predispone y conduce hacia semejante estado de ánimo Y no creáis que exagero. Un ligero análisis de la vida escolar desde la infancia hasta la Universidad, corrobora cuanto se viene diciendo. El niño rara vez puede ensayar las vías morales, hacia las cuales por potente impulso se siente atraído, no puede medir sus propias energías creadoras, afianzar el sentido de la responsabilidad, toda vez que el trabajo que realiza diariamente en la escuela se le impone desde su comienzo y se interrumpe cuando el maestro así lo cree conveniente.

El banco en que pasa muchas horas del día es oprimente, carcelario. Todo está calculado en él para que el niño o el adolescente no se expanda en la medida que lo requieren sus impulsos naturales, siendo aspiración máxima en este sentido la inmovilidad durante el tiempo que dura una clase. Sé de algunos pedagogos flamantes que se han entretenido—Dios los perdone!—en calcular los centímetros precisos para que el niño no pueda estirar sus músculos más allá de ciertos límites, como también que no pueda colocarse de lado o encogido sino en severa posición verti-

cal, hiératica como la de una esfinge. Realizado todo esto, esos educadores se imaginan que ya se han cumplido todas las condiciones necesarias para que el niño se eduque en la disciplina y adquiera carácter. No de otro modo procedían los egipcios cuando colocaban en los sarcófagos, junto a las momias, utensilios y alimentos que habían de ser utilizados por el muerto en la nueva etapa. Es monstruoso sin duda, pero constituye nuestra realidad diaria en la vida escolar. Y qué no decir de todo cuanto sucede en el aspecto social y moral! Cuando el hombre en su infancia necesita nuestra ayuda lo desoímos, cuando solicita nuestra compañía le contestamos con un gesto de fastidio o de cansancio, cuando se queja porque no encuentra lo que busca pretendemos someterlo a nuestro arbitrio; cuando quiere ejercitar la justicia en la etapa juvenil, se le impide y aun, a veces, se le castiga en el preciso momento en que pretende realizar actos de caridad o de cooperación ayudando a sus camaradas. Más tarde, durante la juventud, fomentamos el espionaje, mientras el cobarde encuentra estímulo, aplauso y ayuda. Y en el terreno de la emulación se elogia al individualista ambicioso que triunfa sobre sus compañeros. La juventud universitaria por su parte no cultiva ideales, su única preocupación es la técnica profesional en estrecho sentido especializada y utilitaria, quedando excluidos así los nobles y elevados impulsos que dan significación y acento a las generaciones jóvenes frente a las generaciones maduras conservadoras y enemigas de todo progreso en el terreno moral y social.

Hombres así educados no pueden, de ninguna manera, hallarse aptos para amar la verdad y tratar de conquistarla como bien deseable; mucho menos para sentir hondamente la caridad o el amor hacia los semejantes y a base de esos sentimientos experimentar el vivo deseo de asociarse para establecer una vida mejor.

La educación que hoy se da a la juventud de casi todos los pueblos de la tierra, la prepara, insensiblemente, para un episodio de la vida colectiva, esto es, para la guerra, ya que, si bien es cierto ésta se realiza por medio de las armas, la génesis misma del espíritu bélico está en los impulsos que oculta la subconsciencia alimentada desde la época infantil, a lo largo de la juventud, y perpetuada enseguida a través de las generaciones.

Si el hombre hubiese crecido con salud psíquica realizando el pleno desarrollo de un carácter vigoroso y de una inteligencia

clara, no podría admitir dos principios morales opuestos, ni hacerse defensor simultáneamente de dos justicias: una que defiende la vida, otra que la destruye, ni mucho menos cultivar en su corazón dos virtudes: el amor y el odio. Parece absurdo pensar que la juventud, con su espíritu generoso, su elevado altruismo y su amor al sacrificio, sus ideales de justicia y la solidaridad social no se rebele, ante la guerra, como ante el más vergonzoso delito colectivo. Sin duda, deben estar en las fuentes mismas de la vida, contaminadas las aguas cristalinas del impulso que ha arrancado al hombre del bestialismo hacia la civilización.

Es por tal motivo por lo que no puede pensarse en causas materiales como determinantes de la guerra. La causa ulterior y remota es la deformación experimentada por el hombre a lo largo de su desarrollo, esto es, una errada y mezquina educación.

Por eso, los espíritus máximos de la época, enfocan este problema mientras colocan el acento del hombre moderno, el estilo vital de hoy, en el gemido de la conciencia que se busca a sí misma.

El hombre blanco de la gran civilización de Occidente, se halla reducido, por falta de ideales y de auténtica educación, a la actitud moral de los ejércitos mercenarios que combatían indiferentemente contra uno y contra otro enemigo.

Los egipcios, en cambio, distinguieron la obra de la civilización de la actividad guerrera. Recurrían a los fenicios para pelear mientras el propio pueblo egipcio cultivaba la tierra y fomentaba el progreso y la cultura. La guerra antigua era mercenaria, oficio miserable destinado a los esclavos. La guerra moderna, en cambio, se realiza con toda la masa humana y ciertamente es el flagelo que tiene el significado de castigo externo de los errores morales que ofuscan la mente humana. Por eso también un Ghandi, un Rolland, un Briand, una Montessori, entre otros, han dado el grito de rebelión estimulando a las masas y a las juventudes, de todos los ámbitos de la Tierra.

Tal día en el cual las armas caigan de sus manos, una nueva era habrá comenzado para la humanidad, tan distinta de la historia vivida hasta el momento, como ésta lo es de la prehistoria. Volvemos así a las palabras con que iniciaba esta charla. El mundo se halla en estos momentos al borde de una grande y nueva catástrofe. Por millones de seres ha circulado el escalofrío de la rui-

na y de la destrucción. Europa decide su destino. Quiere pagar locuras y extravíos de generaciones pasadas con las generaciones jóvenes de hoy, impotentes y esclavizadas. Es un precio demasiado caro, demasiado cruel. Los educadores de América, particularmente, los que aman la juventud y en ella, flor de esperanza, tienen puestos los ojos, no pueden dejar que el sacrificio sacrílego se realice. A lo menos, como otrora en tiempos heroicos deben gritar aun cuando su voz resuene en el desierto, las inspiradoras palabras bíblicas de Guiona, dirigiéndose a su pueblo idólatra y desorientado: Arrepiéntanse: de otro modo Nínive será destruída.

ARTURO PIGA

INFORMACION PSICOLOGICA

CURSO DE PSICOLOGIA

Continuamos, en este número, la publicación de una serie de resúmenes de las LECCIONES DE FILOSOFÍA del Profesor D. Roustan, Inspector de la Academia de París. Esta obra fué coronada por la Academia Francesa de Ciencias Morales y Políticas. La síntesis que presentamos ha sido hecha expresamente para esta revista por un estudiante de Psicología Educacional.

LECCION XI. LAS EMOCIONES: I. La psicología clásica ha hecho una separación neta entre lo que ella llamaba **sensaciones** y los **sentimientos**, o sea entre los placeres y los dolores físicos por una parte y las emociones, por otra. Justificaba esa distinción dando las razones siguientes: a) la causa de una **sensación** es una impresión hecha sobre el cuerpo, la causa de un **sentimiento** es una idea. Una quemadura produce una sensación, el miedo es un sentimiento porque se deriva de la **idea** de un peligro. b) La sensación puede ser localizada en un punto determinado del cuerpo; el sentimiento no puede serlo. Puedo situar la picadura de un insecto, no logro decir en donde siento entusiasmo, tristeza, cólera. c) La sensación es pasajera, el sentimiento es, de naturaleza, permanente. d) El placer físico se acompaña pronto de laxitud;